

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

FRANQUEO
CONCERTADO

FRANQUEO
CONCERTADO

Precio de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
San Bernardo, núm. 131, 1.º
GIJÓN

SOR PIEDAD

Era la más anciana de la comunidad. Bajo el negro hábito de áspera estameña temblaba su flaco cuerpecillo, tan gastado en el servicio de Dios.

Había trabajado mucho, había sufrido mucho, había sido una buena obrera en la heredad de Dios, y ahora, a los ochenta y cuatro años de su edad, tenía que contentarse con orar y hacer media.

Nada tan frágil como su menuda y suavemente inclinada figura. Nada tan límpido como su ingenua y brillante mirada, resto único de la antigua y serena belleza de aquel rostro. Nada tan blanco como su faz, transparente y bruñida como un marfil.

A los diez y ocho años entró en la Religión. Ni se acordaba ya de la nobleza y valer de su familia, ni de los días de su risueña adolescencia, ni de las vanas alegrías del mundo. Había despreciado honores y riquezas y había querido seguir pobre a Jesucristo pobre.

Las ollas de egipto se quedaron muy lejos, y ella se hartó de la dulce y sabrosa amargura de las ocho Bienaventuranzas.

Los hospitales, las cárceles, las escuelas, los hospicios, todos los albergues del dolor, de la debilidad, de la miseria, fueron los ocultos y gloriosos estadios de su caridad generosa y efusiva.

Ahora, ¡bendita Sor Piedad!, poco a poco los achaques y los años la habían ido jubilandando a la fuerza.

Cuando no pudo correr por salas de hospitales ni mecer a los niños sin madre, la obediencia la llevó a un colegio.

—Usted que es algo artista—le habló la Superiora provincial—y que no se habrá olvidado de los idiomas que aprendió en el siglo, ¿quiere ser profesora de música y francés?

—A su obediencia, Madre.

Y Sor Piedad fué algunos años maestra de canto y de piano, y tocaba el harmonium en la linda capilla, y formaba excelentes alumnas.

Como antes los pobres, ahora las niñas ricas se agrupaban confiadas, seguras, bajo las blancas y flotantes alas de la toca, nimbo de pureza de la monja buena.

Pero la fractura de una mano le im-

pidió continuar en su labor de maestra, y, aunque jamás profanó sus sufrimientos con las quejas tuvo que declararse vencida y otra vez inservible.

Entonces la nombraron enfermera segunda del santo Noviciado, oficio de humildad y abnegación al que ella se abrazó con íntima alegría.

Largos años permaneció sierva de sus Hermanas dolientes o achacosas. Sus manos destilaban solícitos cuidados. Su palabra infundía resignación y aliento. Para muchas, fué Sor Piedad el bálsamo eficaz en los dolores. Para otras fué también el ángel confortador en la última agonía. Para toda la casa era un ejemplo vivo de la Regla y una venerable religiosa de la Congregación.

Mas el trabajo de la enfermería agotaba sus fuerzas y el cuerpo endeble se negaba a seguir al recio espíritu.

Sor Piedad, entonces, fué encargada de los más insignificantes y pequeños ministerios de la casa. Escogía las flores del jardín y aderezaba los ramos del altar. Cuidaba de la lámpara que ardía ante la estatua de San José, del claustro alto. Desgranaba guisantes en la cocina. Devanaba madejas en la sala de costura. Hasta que no pudo sino orar y hacer media.

¡Y ni aun eso! En sus últimos años una prueba muy grande la sumía en profundo desconsuelo. No podía estar mucho tiempo despierta. Lo mismo era sentarse que quedarse dormida. ¡Ella, tan vigilante, tan activa, siempre en tensión! Se dormía en la meditación, en la plegaria, en el trabajo. Si comenzaba a rezar el «Pater», al «pan nuestro de cada día» se le cerraban ya los ojos.

—El espíritu está pronto, pero la carne es flaca—gemía tristemente.

Y este recuerdo de las palabras del Divino Maestro hacía florecer en su alma las rosas de Pasión.

Era conmovedor, el ver todas las tardes a aquella viejecilla recorrer lentamente, cayendo y levantando, las catorce estaciones del santo Vía-crucis de la iglesia.

Su vida entera había sido oblación sin reserva en pro del desdichado; ahora, imposibilitada para la acción externa, se concentraba toda en íntima y do-

lorosa compasión sobre el Gran Aflicto y despreciado.

La débil Sor, parecía un símbolo, una imagen de la pobre humanidad, agotada, doblada, entorpecida, buscando apoyo en el brazo esforzado que enarboló la cruz.

—¡Qué pesada es la carga de mi vida!—suspiraba la anciana—. ¡Señor, líbrame pronto de ella; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya!

Y un día, Jesucristo la oyó y le salió al encuentro en medio del místico camino.

Estaba Sor Piedad arrodillada ante el cuadro de la séptima estación.

De pronto le pareció sentir al sueño, al tenaz enemigo, que la acechaba y velaba ya sus ojos. Era una laxitud suave, impasible, en la que todo, hasta su pensamiento y su plegaria, giraba en torno de ella.

Trató de defenderse; se esforzó en resistir; miró a Jesús caído...

En vano todo.

Gimió calladamente:

—¡Señor, Jesús, compadecete de mí!

Y las blancas alas de la toca se abatieron dulcemente hasta el suelo.

Vió entonces Sor Piedad que estaba sobre las mismas losas de la calle de la amargura y que Jesús, cerca de ella, la animaba a levantarse y a seguir.

—Venid a Mí todos los agobiados y cansados, que Yo os aliviaré...

Oía ella la voz tan conocida y tan amada, y quería incorporarse y avanzar.

Buscó apoyo en sus manos arrugadas, intentó alzar la pavesa de su cuerpo marchito... Tornó a caer...

Abandonada a su flaqueza irremediable, imploró con angustia de muerte:

—¡Señor, no puedo ir hasta Tí, ayúdame!

Jesús, divino y compasivo, extendió el brazo que el peso de la cruz dejaba libre, y atrajo hasta su pecho a la pobre criatura caída y agotada.

Una fuerza robusta invadió a Sor Piedad; una confianza ilimitada en la misericordia de Dios rejuveneció su espíritu; una hoguera de amor inextinguible se encendió en sus entrañas...

Y el Rey ensangrentado, el Fuerte, el Dulce, llevó a su eternidad a la buena y fiel sierva.

J. Le Brun.

OBLIGACION

Muy frecuente es oír, aun a personas piadosas, hablar de la Santa Misa como una de tantas otras devociones. La Misa es rigurosamente obligatoria.

La grandeza de los misterios que en ella se realizan, la gratitud, la necesidad, imponen deberes que no podemos esperar, para cumplirlos a que sean interpretados por un código.

Todos sentimos sobre nuestra conciencia un impulso imperativo que nos dice: come, vístete, cúrate, para no infringir leyes de naturaleza, que nunca hemos visto escritas. También la vida del alma tiene derechos.

El deber sustancial de la religión no es «devoción» sino «obligación». Pues el vivir religioso del hombre es el sacrificio y el sacrificio en la religión católica, es la Misa.

La Misa es la representación simbólica del máximo sacrificio que ha podido concebir la mente humana: El sacrificio de Dios por los hombres y todos los domingos y días festivos, el católico está obligado a asistir a la renovación de este acto de amor.

Así lo comprendieron los creyentes primitivos, que hacían consistir todo su cristianismo en la participación de estos soberanos misterios.

Por eso, la Iglesia, condena con falta grave la no asistencia a la Misa, sin causa importante y justa. La comodidad, los quehaceres normales de la familia y menos las excursiones domingueras no justifican en modo alguno la no asistencia al acto más importante de nuestra Religión.

No deshonra la pobreza de fortuna, sino la pobreza de corazón.—X.

EL TRABAJO

La antigüedad pagana descargó todo el peso del trabajo sobre los esclavos, porque en aquella época el hombre libre, no sólo se avergonzaba del trabajo, sino que lo consideraba como una ocupación casi infamante. El cristianismo fué quien rehabilitó la dignidad del trabajo.

El mismo Jesucristo se dignó santificar el taller, y quiso no solamente parecer a los ojos del mundo como hijo de un carpintero, sino prepararse con tan humilde ejercicio para la grandiosa obra de la Redención.

El cristianismo fué el primero que proclamó el deber de trabajar. Así dice San Pablo, escribiendo a los Tesalonicenses: «El que no trabaja no debe comer».

El trabajo ha dejado de ser, en cierto modo, una carga, un castigo; y el cristiano, considerando las cosas a la luz de la fe, no sólo acepta como un beneficio el deber de ganar el sustento con el sudor de su rostro, sino que abraza esta obligación como una penitencia expiatoria, como un medio de santificar su alma. El trabajo, de cualquier clase que

sea, es una acción moral; el trabajo es una escuela de virtud.

Debido a la influencia del espíritu cristiano, hoy ya no se desprecia el trabajo, sino la ociosidad: el trabajador sabe que el sudor que por su frente corre, le ensalza y le honra más que una diadema de preciosas perlas. «Ora y trabaja»: he aquí el gran lema cristiano.

El cristianismo ha despojado al trabajo, a la pobreza y al dolor, de lo que tenía de amargo. Ya no dirige los destinos del hombre, el ciego acaso, ni su vida obedece a leyes naturales, duras e inmutables; antes bien, es un padre amoroso el que le envía los pesares y los sufrimientos como medios de expiación, de purificación y de prueba.

Poco hay que creer a un apasionado; mucho al desinteresado, y nada al envidioso.

La mortalidad infantil

(Problema nacional)

La edad infantil, es con mucha diferencia, la que mayor tributo rinde a la muerte. Y de la primera infancia son los de un año o menos los que con gran ventaja ganan a las demás en la mortal carrera.

Causa verdadera pena que sea España, uno de los pueblos de Europa que más mortalidad infantil acusa y que sea el campo donde más niños pequeños mueren. Y es que hasta ahora en propaganda de higiene de la infancia se había trabajado poco. Aunque se iniciaron en nuestro país trabajos en tal sentido desde principios de siglo, hasta hace quince años no se trabajó con el debido ardor, experimentándose ahora el resultado de estos trabajos, intensificados en los últimos años con muy buenos resultados.

Aunque las estadísticas indican que se ha progresado mucho, aun estamos en un plano de inferioridad si nos comparamos con otros pueblos. Y vemos con satisfacción que entre las poblaciones de España donde más se trabaja en este sentido y donde, por tanto se ven mejores resultados, Gijón ocupa uno de los primeros lugares, lo cual ha de servirnos de estímulo para superarnos en la eficacia de nuestra labor.

Para ello es preciso la colaboración de profesionales, Corporaciones, Academias y Centros de Enseñanza, evitando que nuestra patria siga figurando en lugar desventajoso en cuanto a higiene infantil.

La estadística de mortalidad relativa a niños menores de un año en 1932 al 1935 presentaba un promedio de 120 fallecidos por cada mil, mientras que en la mayoría de las naciones europeas no pasaba de 60 por mil.

Estos es evitable y aunque mucho se hace para rebajar esta cifra, no debemos de escatimar esfuerzo alguno para contribuir a ello, por caridad, por propio prestigio y honra de nuestra Patria España.

Doctor C.

EL VIATICO

(José María Pemán)

Enjamás podré orvidarlo mientras viva,
que estas cosas se nos meten en el alma
como manos que la agojan,
como espinas que la arañan...
Entavía, recordándolo, parece
que me viene a las entrañas
aquel frío que esa noche
jasta dentro me calaba...
ese frío de los cuerpos derrengaos
al llegó la madrugada,
ese frío que se mete por los güesos,
ese frío del que está junto a una cama
una noche y otra noche,
sin descanso ni esperanza,
y mirando que se va de entre las manos
un pedazo de su alma;
ese frío que es cansancio y es disgusto
que nos jiela y que nos mata... [to,
¡ese frío de las penas
que parece que es del cuerpo... y es del alma!
Me parece que lo veo, aquella noche [ma!
tos andaban
de puntillas, como sombras misteriosas,
y venían y vorvían, y la casa
era toda un jervidero de murmurios
y de pasos de fantasmas,
y de llantos y sollozos contentíos,
y de avisos y atropellos y mudanzas,
y un run-run de cuchicheos
en voz baja...
Y entre tós los cuchicheos y murmurios,
las mesmísimas palabras
el mesmísimo estribillo,
la mesmísima cantata;
unas voces que decían por lo bajo:
«se nos muere... se nos muere... ¡está mu-
Y de pronto un rebullicio [mala,
que se arma,
y unas voces: «¡que ya vienen por la esqui-
¡enjamás podré orvidar esas palabras! [na!
Y al llegó Su Majestá... ¡si me parece
que lo veo con los ojos de la cara!
Era noche sin estrellas y sin luna;
era el viento de tormenta; lloviznaba...
Y de pronto todo el mundo se arrodilla,
y se escucha... ¡daba miedo de escucharla!...
el tilín de la campana del monago
que decía que llegaban,
y al par de ello, como el rezo de los frailes
un murmurio de latines y plegarias,
y el bullí de toa la gente que venía,
y el soná de las pisadas
en los charcos de la calle
sobre el agua...
Y se empieza a colá gente
dentro e casa...
¡qué de gente la quería!
¡jasta entoces yo no vi que era una santa!
¡Qué momento inorvidable!
¡parecía que soñaba!
¡y aun agora me parece que lo sueño
en ca vez que mi concencia lo repasa!...
el bullir y arrempujarse de la gente,
el rezar entre suspiros las beatas,
el oló de tanta cera al derretirse
el caló de tanta gente arrebujada,
y aquel brillo tan borroso que tenían
los faroles y las llamas
al mirarlos por en medio
de mis lágrimas...
Y por cima de estas cosas,
las palabras
que decía, respondiéndole al señó cura,
la santica de mi alma...
¡y lo mansa y resigná que las decía!

¡y la pena que me daba
al mirá como un clavel amoratao
la boquita de mi santa,
la boquita de mis besos y mis glorias
que era un cacho de mi alma!

.....
Y después, el alejarse el rebullicio
lo mesmito que las olas cuando bajan,
y el perderse en la revuelta de la esquina
el tilín de la campana,
y el murmurio del gentío,
y el soná de las pisadas
en los charcos de la calle,
sobre el agua...
Señó güeno, que llamaste aquella noche
a mi puerta, pá llevártela;
Señó güeno, güerve pronto pa librarme
de esta pena que me agoja y que me mata;
pa llevarme al lado suyo, Señó güeno,
al ladito de aquel cacho de mi alma...
¡y si al lado no pué ser, porque en la Gloria
no se armite pecaos junto a santas,
aparéjame a lo menos un sitico
a la vera de la puerta... pa mirarla!

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Jesús de Nazaret, había determinado ir a Judea... para no volver. Restábanle seis meses no más de vida, y por tanto iba acercándose a la ciudad de Jerusalén. Salía, pues, de Galilea para siempre, dirigiendo sus pasos al fin de su misión donde **iba a sufrir mucho y ser reprobado por los ancianos y sumos sacerdotes y ser muerto para resucitar al tercer día.**

Y se dirigió a Jerusalén por Samaria. Mal camino para un judío que se dirigía a Jerusalén. La envidia al templo de la ciudad santa les hacía mirar con desagrado a los viajeros que por allí pasaban. Por eso, Jesús se encontró con que los samaritanos se negaron a darle hospitalidad, llevándolo a mal todos sus discípulos. Más sobre todo Jacobo y Juan, los Hijos del trueno, irritáronse sobre manera y recordando los milagros de Elías y los que a ellos mismos el Señor en otras ocasiones les había comunicado, presentáronse airados al Maestro y le dijeron resueltos:

—«Señor, quieres que mandemos bajar fuego del cielo que los abraze?».

Volvióse Jesús y les increpó diciendo:

—«No sabéis de que espíritu sois. El Hijo del hombre no ha venido a perder almas, sino a salvarlas».

.....
Todos los días tropezamos con esas almas que Cristo vino a salvar, todos los días la pasión nos ciega y no nos deja ver que esos amigos nuestros, que esos compañeros de trabajo, de profesión o ese mendigo que llega a nuestra puerta, son también de esas almas de que hablaba Jesús de Nazaret a la entrada de Samaria, camino de Jerusalén. Con frecuencia la pasión nos ofusca y nuestra cólera pide justicia y en nuestro interior volvemos de nuevo a presentarnos al Maestro para pedirle con Jacobo y Juan **que mande bajar fuego del cielo que los abraze.** Y nos encolerizamos contra el que un día nos niega el favor

que recibimos de él a diario, y clamamos indignados contra la ignorancia, contra el hombre vicioso, y rogamos al Todopoderoso **que envíe fuego del cielo,** contra el que no cree, contra el blasfemo, contra el que desespera en su pobreza sin tener presente en todo momento que **el Hijo del hombre no ha venido a perder almas, sino a salvarlas.**

¿Porqué no tiene fe el que no cree? ¿porqué ofende a Dios el blasfemo?, ¿porqué se revela contra todo, el revolucionario de la calle?, ¿porqué aman la injusticia muchos hombres?, ¿porqué los odios, las destrucciones y las guerras?

El desconocimiento de Cristo y de su doctrina separa a los hombres de Dios. El que cree, el que tiene fe y conoce la doctrina católica forzosamente tiene que comportarse de distinta manera, no solo en su vida pública y privada, sino en sus relaciones para con sus semejantes.

Sus principios religiosos han de guiarle al amor del prójimo y ha de ver en el incrédulo, en el blasfemo, en el hombre injusto almas de las que Dios vino a salvar, y en su misericordia hacer todo lo posible por ayudar al que no cree, abriéndole los ojos a la fe. Obra mal el hombre, porque desconoce a Cristo y contra este desgraciado no hay que pedir a Dios **que envíe el fuego del cielo,** sino la luz de la fe. Digno de consideración y de lástima es el hombre irreligioso y no en modo alguno de desprecio y de nuestra ira, pues también él tiene un alma de las que Cristo **vino a salvar.**

La familia, la educación en la juventud, los medios económicos y el ambiente en que se vive, son circunstancias que hacen a los hombres buenos o malos. Por eso, tenemos mucho que agradecer y muchas obligaciones que cumplir para con estos desgraciados, pero en modo alguno clamar contra ellos, que si nosotros hubiésemos vivido la vida de estos hombres...

Nuestro propio carácter necesita ser educado religiosamente y en todas nuestras relaciones sociales, no olvidar nunca nuestro catolicismo, respetando no solo a nuestros amigos, sino también a nuestros enemigos, que muchas veces nos irritamos injustamente, sin pararnos a pensar, si la razón que defendemos apasionadamente, no podría estar de parte de la persona con quien discutimos y a la que faltamos con descortesía y hasta con muy poca caridad.

Veamos siempre en nuestros semejantes, almas que Dios les dió una vida y por las cuales padeció y murió lo mismo que lo ha hecho por nosotros.

.....
Ante aquellas palabras de Jesús, calláronse los discípulos y continuaron su camino fuera de Samaria, por donde era peligroso aquellos días el viaje.

Silenciosa, continuó la pequeña caravana meditando las palabras del Maestro. Hacíasele duro lo que acababan de oír, pero en sus corazones había hecho huella y por el camino murmuraban aun entre dientes **«no ha venido a perder almas, sino a salvarlas».**

R.

Gandhi y el Catolicismo

La figura de Gandhi, es de toda actualidad. Pero los que conocen sus «ayunos» y el prestigio de su nombre con los suyos, ignoran la admiración del prohombre indio por Jesucristo. El «Sermón de la Montaña» le ha impresionado hondamente. Después de haber firmado en 1930 un acuerdo con el Virrey decía a los periodistas americanos: «Esta paz no es más que la aplicación de los principios del «Sermón de la Montaña». En la misma entrevista, preguntándole los periodistas por el medio para llegar a un desarme general, contesta: «Han pasado dos mil años desde que pronunció Cristo el «Sermón de la Montaña». Hasta hoy el mundo no ha llevado a la práctica más que una parte de aquellos impercederos y sublimes principios hechos para que el hombre los practique con el hombre». Gandit Nohru, tenido por discípulo de Gandhi y su presunto sucesor, decía a un misionero polaco: «Yo no tengo religión; pero, de tener una, sería la católica». Pero Gandhi no admite el Catolicismo como religión oficial de la india y lo tolera como religión de los particulares.

UNA CONFESION CONDICIONAL

Acercose a confesar cierta tarde un desarrapado tratante de ganado y comenzó cobardemente diciéndole al confesor:

—Solo quiero, Padre, confesarle un pecado que espero me perdonará.

—Tú dirás cual es y confía en la misericordia de Dios que todo lo perdona, si es que verdaderamente estas arrepentido.

—Si que lo estoy. Y le aseguro que no lo he de volver hacer más.

—Pues entonces, puedes confesarlo tranquilo puesto que ya tienes el arrepentimiento y eso es lo más necesario para que se te perdonen los pecados.

—Ay, Padre, que alegría me dá usted ya me decían a mí...—vete a ese Padre que te lo arreglará todo, que es muy bueno.

—No es que yo sea bueno o malo. Los pecados se perdonan en la confesión si el penitente está verdaderamente arrepentido. En fin qué pecado es ese.

—Pues, es el caso, que robé un mula.

—Vaya, hombre, vaya. ¿Y te arrepientes de ello no es cierto?

—Si, Padre, no robaré más mulas.

—Bien. Pero para perdonarte, forzosamente has de devolver la mula, si es que aún la tienes en tu poder.

—Anda. Pues me ha fastidiado. Yo creía...

—No hay más remedio. Tienes que devolver la mula. Sino, es imposible darte la absolución.

—¡Qué lástima! Yo estaba arrepentido y no volvería hacerlo más. Pero devolver la mula...

—No hay más remedio, le respondió el Padre

—Pues me han engañado. Yo vine a Vd. después de haber ido a otros que me dijeron lo mismo: «Que sin devolverla no había perdón».

—Es claro. Te lo dirán todos.

—Pues, yo vine a Vd. aconsejado por otros.

—¿Porqué te aconsejaron, hombre de Dios, que vinieses a mí?

—Porque dicen que Vd. tiene la manga muy ancha y no me exigiría devolver la mula.

—Hay, hijo, por ancha que tenga la manga, por ella no cabe una mula. No puedo perdonarte si no la devuelves.

Quien hace mal en su prosperidad, lo recibirá en su adversidad.

No darse por entendido del agravio es una inocente venganza.

CONSEJO

En la colocación de vuestros capitales, no debeis de olvidar adquirir acciones de valores que os puedan servir en la otra vida.

Os afanais por conseguir una renta elevada y comprais valores que os puedan rentar algo más del cuatro por ciento, pero, también debeis de pensar que con parte de ese capital puede adquirirse la vida eterna. Si Dios os ha concedido el beneficio de las riquezas, no dejéis de aprovecharos de ellas en provecho de vuestra alma. Para conseguirlo tenéis la caridad y para que ésta sea eficaz y podáis ver el fruto de vuestra buena acción, tenéis las organizaciones de caridad que os ayudarán en la colocación del dinero que destineis a tal fin.

Jeroglífico núm. 3, por KINITO

REIR - NOTA

50os II

PREPOSICIÓN

1000V VOCAL

TRATAMIENTO

G A

¿Qué promesa hicieron?
Solución, en el próximo número.

Solución al Jeroglífico número 2:
VIENE GRAVE

CEDECO

ENSEÑANZA POR CORRESPONDENCIA

MADRID: José Antonio, 61

BARCELONA: Vía Layetana, 57

GIJÓN: Uria, 25, 1.º, izquierda

Para ganar más, no hay que trabajar más: HAY QUE TRABAJAR MEJOR

En su casa, sin abandonar su trabajo, puede, si quiere, aprender cualquiera de las 200 especialidades que enseñamos de Comercio, Ingeniería Mecánica, Eléctrica, de Vapor, de Motores, Civil, Vías Férreas, Carreteras, Hidráulica de Construcción, Química Industrial, Matemáticas, Dibujo, Inglés, Topografía, Corte y Confección

Pagos mensuales desde 20 ptas. al mes (textos incluidos)

Envíe este CUPON a cualquiera de nuestras direcciones

Nombre calle n.º

Población Detalles del curso

ANTIGUA FUNERARIA

== DE ==

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 — GIJÓN — Telf. 17-20

SERVICIO PERMANENTE

PALACIOS LIBRERIA
RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa

Sellos de caucho

Rótulos esmaltados

Santa Rosa, 4 - Gijón

CATARROS, TOS, GRIPE,
BRONQUITIS, ASMA.

La marcada acción estimulante, emoliente, calmante y antiséptica de las plantas de que se compone la Especialidad **HAMON**, n.º 15, tratamiento vegetal conocido ventajosamente por sus resultados en todas partes desde hace 35 años, proporciona una pronta supresión de la tos, procurando la desaparición de sus causas en los casos de gripe, catarros, bronquitis, asma.

Las especialidades **HAMON**

preparadas en Laboratorios Botánicos y Marinos, Rda. Universidad, 6, Barcelona, se encuentran en las principales Farmacias. (C. S. n.º 4445.)

JOYERIA - PLATERIA - RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 - GIJON - Teléfono 3382

HOTEL ASTURIAS

TODO CONFORT

GIJON

Plaza Mayor
Teléfono 2205

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56



Depositando sus economías en la

CAJA DE AHORROS MUNICIPAL DE GIJÓN

vela por sus intereses y participa en una amplia obra benéfico-social, pues a tal fin, tras constituir sólidos fondos de reserva, dedica INTEGRAMENTE sus utilidades esta Institución tutelada y fiscalizada por el Estado

ABONA EL INTERÉS MÁXIMO AUTORIZADO

Domicilio social: CALLE DEL INSTITUTO
(edificio de su propiedad)

PRÉSTAMOS A INTERÉS MÓVICO

Imp. LA VERSAL - Gijón